

Paradojas

JOSE ANTONIO ABELLA

SI digo que la principal riqueza de la ciudad de Segovia se ha mantenido gracias a la pobreza de sus ayuntamientos —obsérvese que empleo el plural— o, con otras palabras, que la penuria de las arcas municipales ha sido la verdadera causa de que esta ciudad haya conservado la mayor parte de su riqueza patrimonial, no faltará quien rasgue sus vestiduras... o las mías, que sale más rentable a la hora de pagar la factura del sastre.

Pero es la pura verdad. Un hecho evidente que no se le habrá escapado a quien conozca mínimamente nuestro pasado cercano. La historia nos muestra cómo una civilización prospera sobre las ruinas de la anterior, cómo las ciudades de cada época se han ido edificando sobre los cimientos de aquellas otras que florecieron en épocas pasadas. Así, para levantar una catedral gótica, se destrozaba una románica. Para construir una colmena de cemento, se derriba una casona mudéjar, y si ésta era del siglo XV, pues mejor que mejor: cuanto más vieja, más fácil es

demolerla... O dejar que se caiga sola, que es una táctica mucho más ventajosa porque ahorra en maquinaria y mano de obra, suaviza el paso por engorrosas comisiones de patrimonio y, si al final resulta más lenta, permite una mayor revalorización de los terrenos.

A lo que íbamos: la decadencia en la que Segovia fue cayendo a partir del siglo XVII, hizo posible que la ciudad del XV y del XVI perviviera, a pesar de que cada amago de recuperación económica fuese aportando su granito destructivo. Un ejemplo que combina pasado y actualidad: en el último cuarto del siglo XIX, el arquitecto municipal don Joaquín de Odriozola, deseoso de modernizar la ciudad mediante el acercamiento de los nuevos medios de transporte, planea la construcción de un viaducto de hierro que enlazaría la calle Real —siempre, por lo que se ve, en la cresta de la ola— con el Paseo Nuevo. De haberse llevado a cabo este proyecto, no cabe la menor duda de que el Acueducto se habría muerto de envidia al compararse con

esa magna obra de tornillos, vigas y raíles que, como una Torre Eiffel horizontal, sobrevolaría el barrio y la iglesia de San Millán para enlazar los jardines de Santo Tomás con el mirador de la Canaleja, construido para este proyecto al módico precio de derruir el histórico arco de San Martín. (Pero de esto hablaremos otro día, por tratarse de una historia jugosa de la que habría mucho que aprender.) Como se ve, la idea de adaptar el recinto amurallado a las necesidades cambiantes del tráfico no es un invento de nuestros sufridos hosteleros ni de sus portavoces en el Salón de Plenos del Ayuntamiento. Resumiendo: ¿qué pervivió de aquel proyecto, si exceptuamos la referida demolición? Nada, gracias a Dios. Y gracias, sobre todo, a la penuria de las arcas ciudadanas.

Evidentemente, no se puede hacer de la pobreza municipal —y no sólo hablo de la económica— una bandera conservacionista. No, que nadie se confunda.

De lo que hay que convencerse es de que los bienes escasos son los más

valiosos. Y lo que hoy escasea y cada vez lo irá haciendo en mayor medida son esas ciudades antiguas y entrañables donde el viandante, natural o foráneo, puede pasear disfrutando de un rico patrimonio artístico y cultural sin temor a verse atropellado por un automóvil veloz y prepotente, aunque éste sea del último modelo. Quienes, por su miopía hacia el futuro, no sepan proteger ese recurso de lo escaso estarán no sólo malgastando su propio tiempo, sino, eso es lo grave, despilfarrando el tiempo de la ciudad.

Responsabilidad y prudencia no deben de ser dos palabras de moda. Pero a ellas habrá que recurrir para explicar que no se trata únicamente de una cuestión estética. Se trata de intentar que la paradoja que encabezaba estas reflexiones no invieta sus términos. Se trata de que nuestra sociedad del bienestar —a pesar de la crisis, no nos engañemos— no acometa actuaciones irreversibles que vayan matando, aunque sea lentamente, a la gallina de los huevos de oro.